



Con la primera luz

“Cartas del destierro”

ANTONIO COLINAS

DE los seis años de destierro de Miguel de Unamuno –entre febrero de 1924 y 1930– sabíamos por las biografías publicadas hasta el momento. También por los acontecimientos históricos de entonces, centrados en la Dictadura de Primo de Rivera y por algunas fotografías hechas en aquellos parajes isleños, que se habían quedado fijadas en nuestra memoria de tempranos lectores. Ahora, una de las sorpresas que depara la edición de *Cartas del destierro*, recopiladas por Colette y Jean-Claude Rabaté, es la colección de fotografías que la acompaña; ahora podemos seguir los avatares de aquellos seis largos años que finalizaron en ese “umbral de España” llamado Hendaya, escuchando al fondo, al otro lado de la ría –como un reclamo de nostalgia– las campanas de Fuenterrabía.

La imagen de Unamuno a lomos de un camello, con un fondo de palmeras, mostraba cierto afán de olvido y placidez, pero los días previos en París, la compañía de personajes como Blasco Ibáñez o Corpus Barga, nos llevan al Unamuno batallador; siempre rebelde ante los problemas españoles. Su posterior estancia en Hendaya, con esa foto en compañía de su familia, cierra el ciclo tanto de las soledades isleñas como de las tensiones conspiratorias, devuelven a Unamuno a su realidad salmantina, coronada



por el masivo recibimiento que tuvo en la ciudad.

Pero lo que siempre acaba contando en la vida de un autor es su mundo íntimo. Para ello, sus cartas de esos años son un testimonio valiosísimo. No sólo caben historia e intrahistoria, sino las relaciones familiares (particularmente ricas las cartas a su esposa, Concha), pero también a amigos, escritores, políticos nacionales y extranjeros, e incluso una dirigida al mismísimo Alfonso XIII. Es muy poderosa esta etapa histórica, social y testimonial del escritor; pero el epistolario rescata del olvido detalles y anécdotas, que enriquecerán los futuros estudios biográficos; tarea ingente, porque hechos y materiales inéditos no cesan de proporcionar información sobre este autor.

El mejor resumen de estas trescientas cartas es la Introducción de los autores de la edición, pues en ella se dan las claves de aquella decisiva etapa unamuniana. Por si esta abarcadora visión previa no hubiese bastado, Colette y Jean-Claude Rabaté, estuvieron presentando su libro, como no podía ser menos, en el Aula Unamuno de la Universidad, y ofreciéndonos además un segundo y amenisimo encuentro (aquí el humor y la vivacidad de Jean-Claude) durante los actos de la Feria del Libro. Personas muy cercanas al escritor y a la universidad de la que fue docente, como Ana Chaguaceda, directora de la Casa-Museo de Unamuno o el profesor Manuel Carlos Palomeque, avalaron la presentación, con, al fondo, la labor editorial de José Antonio Sánchez Paso, “gran profesional de la edición”, en palabras de los autores de la edición.

Dan para muchos análisis estas *Cartas del destierro*. Se enriquece con ellas enormemente la vida y la obra unamuniana, pero no hay que olvidar una pregunta del escritor a Jean Cassou, de enero de 1926: “¿Qué son todas mis cartas sino autobiografía?”. Más allá de ideas e ideologías, de amarguras y combates, de dudas y rebeldías, temblaba la vida de un ser humano. Esto le importó, y mucho, a Miguel de Unamuno. Su poesía, sus narraciones, sus “andanzas y visiones”, sus cartas, fueron sobre todo “autobiografía”. Porque no hay creación literaria sin vida íntima detrás.